



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL**El Porvenir**
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 22 DE JULIO DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

Jugarretas de la vida

TIERRA DE FANTASMAS
OLGA DE LEÓN

- De los pueblos más pobres de mi tierra morena, fueron saliendo de a poco en poco, y a luego como en racimos, toda aquella gente que antes, mucho antes de que yo naciera, eran los dueños y señores del suelo que pisaban y en el que dormían a raíz, nomás bien apisonada y regada con agua la tierra para hacerla más firme y que no se desmoronara; o dormían sobre algún petate de palma tejido por ellos mismos o por sus mujeres.

- Eran otros tiempos, -dice gente de hoy (como Juancho), -y añaden: y tampoco eran tiempos tan buenos.

- Eso ya lo sé... -les contesto. Si no nací de la nada; mis tatas y los tatas de ellos siempre nos contaron las historias de sus antepasados, sin faltar a la verdad.

- Pero, por no dejar -como les iba yo contando a los que esta historia me pidieron que refiriera-, nomás dense ustedes una vueltecita por acá, y verán que esos mismos pueblos están casi solos; son lo que llaman pueblos fantasmas. Ya ni se parecen a los de antes, que al menos en ellos había chamacos chapeados y bien alimentados: con tortilla, elotes, nopales y frijolititos negros. Porque, hoy, si acaso algún alma se asoma por allí, o te encuentras con algún pariente en los caminos, verás que van como sombras: sin mirar ni hablarle a naiden: es como si no existieran: por eso dicen que esos lugares son pueblos fantasmas.

Cuando algún cristiano de otro pueblo menos amolado se pasea por allá, o tiene que ir en busca de alguien cercano o a algún mandado, pronto sabe lo que son los pueblos fantasmas. Se topan con lo que se entiende que es gente viva, pero es gente de la que apenas si se devisa su silueta replegada a las paredes de lodo y carrizo, o de sillar carcomido por el aigre, el sol, la poca agua y el tiempo. Ya sea que se trate de un hombre o mujer, están re flacos que da tristeza imaginar por qué será que están ansina; pero, pues no puede ser sino porque no han comido y, sabrá dios, en cuántos días o semanas no han visto ni de cerca ni de lejos un taco con algo más que aigre, adentro de ellos. Si bien les va, tendrán algunas tortillitas aunque sean medio duras y nopales: de los que salen solos, por obra del señor de arriba, porque ya ni eso pueden sembrar, la tierra se ha vuelto montones de terrones.

- Y dices tú, Pancho, que de allá mismo vienes; pos, ¿a qué juiste hombre?

- A buscar la tumba de los tatas de mis apás, que por allá se quedaron solitos, y yo quise ver si me los podía traer para acá, porque se lo prometí a mis apás, ya estando ellos en el último estertor de entre la vida y la muerte. Uno puede faltarle la palabra a los vivos, pero a los que ya nos abandonaron y fueron tan buenos con sus hijos, pos no.

- ¿A poco los traes en esos costales? -
¡No, hombre!, no los iba yo a traír, así, casi arrastrándolos. No. Aquí traigo tierra de mi tierra, de la tierra morena de mis antepasados, para que mis hijos sepan de donde viene su padre... y, pos para que me la echen encima cuando ya me entierran, que será lo único que me pueda llevar a la tumba. No sé si existirá el más



allá, pero si ansina juera, no creo que llegue yo, ni la María con esta pobre tierra gris encima así que la echarán sobre el cajón. San Pedro -si existe ese señor- no querrá recibirnos todos empolvados, o como quien dice enterregados.

- Entonces, para qué te viniste sin ellos, hubieras seguido buscándolos.

- Y, ¿quién dice que no los hallé?

- Pos yo mero, tu amigo el Juancho, que no se te ve que traigas ni una urna con sus cenizas ni cajón con sus restos.

- ¡Ah!, pero eso no quiere decir que no los encontrara.

- Ya no me embromes Pancho; la cosa de los muertos no está para juegos.

- Los encontré. Sí. Pero no pude traérmelos. Ellos no quisieron venirse. Si los hallé, y hasta platicué con ellos. Fue en esa loma, la más alta del pueblo, que le dicen la loma pelona porque en ella nada se da, nada crece ni sobrevive. Allí mero fue donde los divisé la última vez que los ví, antes de venirme; y con su sombrero de petate -ya muy raído- el abuelo me decía moviéndolo con su mano derecha, vete y no vuelvas para acá.

Antes los había visto de lejos, como decía hace rato: re pegados a las paredes de cal y lodo de las casas más viejas del pueblo, esas que fueron hechas hace más de cien años. Eran como sombras que no podían verse de bulto, sino solo como si fueran espíritus que buscaban dónde cobijarse de la soledad y el abandono.

Entonces, yo les dije: "-Tatas, vine por ustedes, sin ustedes no me he de ir." Aunque solo sean sombras o fantasmas, no les tengo miedo, antes bien, les guardo harto cariño y agradecimiento, por enseñarme el amor a la tierra, el cariño a lo nuestro, aunque ya casi nada nos pertenece, pues vinieron descendientes más güeros, no tan morenos como nosotros, quesque dicen que el derecho a la tierra ya no es nuestro. Nos pusieron a trabajarla y a

cosechar para ellos lo que sembramos con sus préstamos. Esa es ahora la tierra que nos habita: Una, de la que no somos dueños.

- ¡Ay!, Pancho, me estás metiendo miedo y a la vez, me estás haciendo que chille, como chiquillo o mujer. ¿Pos de dónde sacaste esas ideas?

- Juan, no son ideas ni meras palabras. Es nuestra realidad; es lo que vivimos, lo que día a día sufrimos, por más que nos esforcemos en decir que somos felices con nuestras mujeres e hijos. Si a uno de ellos se lo llevan, pa dios sabe dónde; o si nos roban a nuestras hijas... ¿eso es felicidad? O, ¿es cuento? ¡Pos no!, y tú lo sabes.

-Así que tomé tierra del pueblo que me vio nacer, donde nacieron y murieron todos nuestros ascendientes: ¡Por lo menos, eso no me lo puede quitar, ningún güero!: la tierra de donde provengo... y provenimos todos, aunque algunos nieguen sus raíces.

CAJETA Y CHOCOLATE
CARLOS ALEJANDRO

Insistente, como si estuviese cantando una canción de una sola nota, repitió lo mismo: que deseaba comer una paleta. Así es que se encaminaron, padre e hijo, rumbo a la heladería frente al supermercado. Durante el camino, el niño sonreía con una sonrisa tan grande como la sierra que atraviesa su país. No podía comprender los problemas que abundaban en casa: la falta de dinero, la enfermedad de la abuela y el desempleo del padre. Y a ninguna de esas dificultades se le veía una solución pronta.

Llegaron y el chiquillo ordenó una paleta de helado de cajeta, cubierta con chocolate y chispas de nuez. El niño vestía traje y corbata; ese era el uniforme del elegante colegio al que asistiría todas las mañanas, y al que pronto dejaría de atender. Su padre, un arquitecto quien había perdido el empleo por los malos negocios emprendidos durante los últi-

mos dos años por la empresa que lo contratara, y que desde hacía un par de meses había tenido que cerrar operaciones, era un hombre de espíritu fuerte y optimista.

Su vida había mejorado considerablemente cuando concluyó sus estudios universitarios. Fue contratado por el despacho de arquitectos más importante del país, y sus primeros trabajos estuvieron relacionados con la construcción de varios museos y aeropuertos internacionales en Latinoamérica. En Colombia, conoció a quien se convertiría en su esposa. Tuvieron tres hijos: un niño y dos niñas. Ricardo permaneció en la compañía durante diez años hasta los malos negocios y el escándalo de corrupción entre el despacho y el gobierno. Las cosas cambiaron como una torre formada por fichas de dominó, equilibradas solo por su peso, unas sobre otras, resultando sencillo que se derrumbaran en un instante.

Carolina había sido modelo durante su juventud; se retiró de sus actividades luego de su primer embarazo: había subido un poco de peso y jamás realmente se decidió a bajarlo. Pero con los problemas económicos que ahora enfrentaban, consideró la posibilidad de incorporarse a la actuación. Envío portafolios a varias castineras y agencias de colocación, sin que hubiese recibido alguna noticia favorable aún.

El destino los sacará a flote un año más tarde, con un nuevo empleo para Ricardo y el inicio de una carrera en televisión para Carolina. Mientras tanto, la paleta de cajeta y chocolate sigue siendo un lujo para la familia, pero algo tendrán que sacrificar al hacer el mandato: veinticinco pesos menos en frutas, que equivaldrá a quedarse con un poco de hambre durante una mañana, para alguien que ya ha decidido bajar de peso: todo sea por darle gusto a un hijo. ...y de paso, ella perderá el equivalente a una talla -cinco kilos-, más ad hoc con su trabajo.



Max Aub

Escritor español de origen francés. Toda su obra la escribe en español, cultivando diferentes géneros: narrativa, teatro y poesía.

Siendo un niño, su familia -padre alemán y madre francesa- se traslada a España por motivos de trabajo y en medio de la I Primera Guerra Mundial se establece en Valencia, donde Max cursa el bachillerato. Recibe una educación muy rica y cosmopolita y desde niño destaca por su facilidad para aprender idiomas.

En los años 20 es afín a la estética vanguardista y gracias a su trabajo como viajante asiste a tertulias de Barcelona de los vanguardistas de la época. Durante esta época empieza a escribir teatro experimental: El desconfiado prodigioso, Una botella, El celoso y su enamorada, El espejo de avaricia y Narciso.

De ideas socialistas, durante la guerra civil se compromete con la República y colabora con André Malraux en la película Sierra de Teruel (Espoir). Al terminar la contienda se exilia a París, pero preparando su marcha a México le detienen y es recluido en diferentes campos de concentración de Francia y del norte de África. Gracias a la ayuda del escritor John Dos Passos, tras tres años de encarcelamiento consigue embarcar para México.

Se gana la vida gracias al periodismo, escribiendo en los diarios Nacional y Excelsior, y también en el cine ejerciendo de autor, coautor, director, traductor de guiones cinematográficos y profesor de la Academia de Cinematografía. En 1944 es nombrado secretario de la Comisión Nacional de Cinematografía. Durante estos años escribe San Juan y Morir por cerrar los ojos y estrena su obra de teatro La vida conyugal con gran éxito.

Desde mediados de los 50 viaja por Estados Unidos y Europa pero sin poder entrar en España, desarrollando activamente en estos años su actividad literaria, periodística y cineasta. En 1969 por fin se le permite entrar en España y recupera parte de su biblioteca personal, que estaba en la Universidad de Valencia.

A su vuelta a México sigue con sus estudios de la figura de Luis Buñuel; posteriormente participa como jurado en el festival de Cannes, da conferencias por todo el mundo y, tras otro viaje a España, muere en 1972 en México.

ad pēdem literae

"El hombre más irremediabilmente estúpido es aquel que ignora su sabiduría."

Isaac Asimov

Letras de
buen humor

"No quiero que la gente sea muy agradable, pues así me ahorran la molestia de que me tengan que gustar demasiado."

Jane Austen



criminado existe la misma diferencia que entre la categoría y la anécdota. Pero la difamación mediática, el victimismo que da share y el oportunismo que confunde exigencia con despotismo -así le ha ocurrido a Lluís Pascual- componen la foto de un espíritu acartonado, gregario, poco abierto de miras.

Hace unos días vi a un mendigo en la

tele, un nuevo pobre, joven aún, que dormía en la calle. Buscaba escondrijos, un cubierto para echar el saco. Pero siempre hay alguien, contaba, que se toma la molestia de llamar al orden para que lo expulsen de esos cubículos peor que a una rata. La frontera entre denuncia y delación es espesa, una niebla altamente peligrosa.

Joana Bonet

Los modernos chivatos

El pasaje dormitaba dentro de la aeronave; habíamos alcanzado ya esa atmósfera en la que la voluntad se desparrama sobre los asientos y la noción del tiempo se convierte en lejanía. Pedí un zumo, y el asistente de vuelo lo deramó sin querer sobre mi mesa. Me pidió perdón y palideció. Le respondí que no pasaba nada, pero me confesó en voz baja: "Si algún compañero lo ha visto, tiene órdenes de informar al superior. Y por esto me pueden echar". No le escondí que me parecía exagerado, a lo que añadió: "Es el management de la excelencia: no puedes fallar". Nuestra sociedad, cada vez menos laxa y también más constreñida, quiere convertirnos en vigilantes al acecho, porque el buen ciudadano es hoy un delator en potencia.

A mitad de los años sesenta e instalado en nuestro país, Orson Welles resumía a un par de jóvenes críticos de cine españoles la verdadera causa de la herida macartista en un impagable titular: "Lo malo de la izquierda americana es que traicionó para salvar sus piscinas". Y añadía que "las izquierdas no fueron

destruidas por McCarthy. Fueron ellas mismas las que se demolieron, dando paso a una nueva generación de nihilistas". Pero, a pesar del cambio generacional, la delación ha quedado prendida en la solapa de la identidad social. Tras los escándalos de abusos sexuales en Hollywood, la cultura de la tolerancia cero ha prometido lejía y amoniaco, e incluso, de modo preventivo, trata a más de un justo de pecador.

En el protocolo fijado al firmar un contrato con algunas plataformas digitales, uno debe aceptar determinada manera de mirar a mujeres -y a hombres-, y hasta se minuta la duración del abrazo. Y, por supuesto, también se anima a atisbar al compañero y sacrificarlo igual que un cordero si consideras que se ha pasado de la raya. Una frontera marcada con subjetividad, que hace que algunos se sientan investidos del poder de defenestrar al otro sin necesidad de más pruebas o juicios. El problema es el punto de vista, lo que significa para unos y otros pasarse de la raya. Entre la denuncia judicializada ante un abuso y el descrédito indis-